

**HOMILIA DEL 18 CONGRESO DE LA CONFEDERACIÓN EUROPEA DE AA. AA. DE JESUITAS  
Peter Hans Kolvenbach, S.J.  
Oxford, 1996****HOMILIA PRONUNCIADA POR EL R. P. KOLVENBACH SJ**

La Iglesia honra hoy a los padres de la Madre de Dios. Desde el siglo XII tienen nombre: Joaquín y Ana. Poco importa que los detalles de su vida nos sean totalmente desconocidos. Lo verdaderamente importante es sólo lo que pone de relieve el evangelio del día: sus ojos vieron al hijo de Dios, hijo de su hija María; sus oídos oyeron en familia la palabra de Dios, la buena nueva confiada a su nieto Jesús. Al contrario que tantos de sus contemporáneos que se vendaron los ojos o cerraron los oídos para no recibir el evangelio, los abuelos de Jesús conocieron y reconocieron los misterios del reino de los cielos.

No se diga que ello era normal en los miembros de la familia del Mesías: tantos de los primos del Señor se dejaron cegar. ¿Cómo podía su pariente de Nazaret ser el que venía en nombre del Altísimo?. Por ello, más tarde, cuando una mujer llamará dichosos a los miembros de su familia, Jesús responderá, pensando sin duda en estos parientes: "Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica". Efectivamente, Joaquín y Ana, José y María, manifestaron su fe y respondieron a la acción de Dios en sus vidas acogiendo a Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, colocado en medio de ellos para ser de ellos educado, sin separar lo que su Padre del cielo había unido en él, la divinidad y la humanidad.

Cuando, como antiguos alumnos de una institución educativa de la Compañía, confesamos con S. Ignacio que "todo el Cristo -joven y adulto, doliente y glorioso, amigo y Señor- es mi Dios", ¿no debemos constatar que en torno a nosotros, en el continente europeo, Dios y el Cristo están siendo separados? Indudablemente la persona humana sigue siendo el ser religioso que de una manera u otra tiene necesidad de creer más que de saber; pero en la mentalidad europea este Dios no es ya un Dios personal, y menos aún el Padre de Jesús y nuestro Padre. Aislado así de Dios su Padre, Jesús es sin duda amado y apreciado, pero como una voz más entre tantas otras voces que se levantan en Occidente y sobre todo en Oriente, en la nueva edad como en la tradición antigua. Separado de Dios, ¿cómo podría aún pretender ser el Único Salvador, la sola verdad y la verdadera Luz? El continente europeo, barrido por tantas sectas y religiones, tantas ideolo-

gías y movimientos, ¿puede aún creer que nadie viene al Padre si no es por su Hijo Jesús?.

Sin darse cuenta, muchos creyentes europeos se identifican con el joven rico del evangelio que, lejos de oponerse a Dios, se siente interpelado por los valores de justicia y solidaridad, de paz y amor que predica Jesús, pero se niega a reconocer en él el Verbo de Dios encarnado, único camino hacia el Dios altísimo. Por lo mismo no quiere seguir existencialmente, de manera concreta y encarnada en la vida familiar y social, profesional y personal, la persona viviente de Jesús, Hijo del Padre e hijo del Hombre: todo el Cristo y nada más que el Cristo.

Las palabras de Jesús resuenan como una llamada atractiva y fascinadora, pero la respuesta no es auténtica a menos que se traduzca en una opción concreta y hechos tangibles. El problema de la encarnación de nuestra fe en una imitación de Jesús en lo cotidiano es de todos los tiempos; pero puede pensarse que se nos plantea de modo particular en nuestra sociedad de consumo, caracterizada por la búsqueda del bienestar y la vida fácil, que se convierten en indiferencia ante el que sigue siendo el Único necesario.

Hoy podemos soslayar una opción por o contra Jesús refugiándonos en ideas y teorías, contentándonos con términos y palabras, simplemente dejando la vida ordinaria, cotidiana y concreta, fuera de las exigencias prácticas de la verdadera fe en el Único Salvador. Los abuelos de Jesús, al contrario, no tenían esta posibilidad, abocados como se vieron a acoger y educar a Jesús como Hijo del Altísimo o a rechazarlo como Mesías.

Que el ejemplo sin pretensiones, pero muy real, del padre y la madre de María nos invite a hacer frente, en esta reunión, a las tareas que nos incumben como cristianos y a los desafíos apostólicos que se nos plantean para la mayor gloria de Dios, por su Hijo, en su Espíritu.